CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL



SEPTIMO CURSO

LOS FORJADORES DE LA CONCIENCIA NACIONAL

Octubre, 1952

Talleres de
EDITORIAL LEX
LA HABANA

20 cts

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos a las 10 p.m.

por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA. CUBA

AÑO IV Febrero 25 de 1953 No. 47

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

Diego González

Esteban Borrero Echeverría y el magisterio nacional

EN la ciudad de Puerto Príncipe, nació, el 29 de junio de 1849, un cubano que habría de ser en el futuro orgullo de la patria: Esteban Borrero Echeverría, a quien la **Universidad del Aire**, por mi modesta voz, ha querido enaltecer en este día como uno de los hombres que contribuyeron a cultivar la idea y la emoción de la nación cubana.

Descendiente del conquistador Pizarro, por su padre don Esteban de Jesús Borrero, y con el cotejo de diecinueve abolengos por la madre, doña Ana María Echeverría y Rodríguez, el infortunio le llevó, más tarde, a la pérdida de todos los bienes y a la lucha por la existencia, con un tesón y energía merecedoras de aquella otra nobleza a que se refirió la pluma cervantesca y ágil de don Juan Montalvo: la nobleza fundada en la virtud del trabajo y de la ciencia.

El Dr. Juan J. Remos, en brillante estudio sobre la personalidad de Borrero Echeverría, especula sobre la teoría del germen **plasma**, como elemento generador del genio, para justificar el de Borrero, en el campo poético, probando que el padre, como los hermanos Manuel y Elena, y sus hijas: Juana, "maravillosa y sorprendente", la "inquieta y original" Mercedes, y Dulce María, "la poetisa cumbre de nuestro siglo", constituyen buenas pruebas de la herencia poética de los Borreros, cuyas creaciones, teñidas siempre de un tono sentimental y melancólico, se remontan tal vez hasta doña Inés de Labrandero, aquella ascendiente de nuestro biografiado que llevaba "sangre de indios en las venas".

Varona le llamó uno de los hijos más insignes de Cuba porque en él se reunieron, en extraordinario consorcio, "las dotes de la inteligencia y el sereno impulso de la voluntad". Nacido en el momento crítico en que ya se iniciaba el despertar de la conciencia cubana, Borrero tuvo que luchar con el medio económico y el político. Aprendió a leer en las rodillas de la autora de sus días, con la cual se inició el hijo en las tareas docentes, desde los once años. Asistió al colegio de don José Colilles, desde los nueve; fué alumno de don Gabriel Ramos Cermeño, que era, según Borrero, el mejor maestro del Príncipe; a los trece daba clases a domicilio; a los catorce había ya leído dos veces **El Quijote**, y los clásicos españoles incluyendo a los poetas y prosistas cubanos. En esta fecha empezó a trabajar como Ayudante Delineador y por las noches leía sin descanso: desde la Enciclopedia y los clásicos franceses, alemanes e ingleses, sin olvidar a Plutarco y Marco Aurelio.

Sentía yo —dice Borrero— que todo eso **flotaba** en mí si no cuajaba en cualquier sentido, mi personalidad. Por eso ingresó en el Instituto de Aplicación, que luego fué de Segunda Enseñanza, y fundó una Academia Nocturna para adultos. "A punto de ser bachiller, tres o cuatro años más tarde, estalió la insurrección del 68, y me fuí —afirma— con casi todos mis discípulos al campo de la Revolución".

Muy poco se conoce por las generaciones nuevas de Cuba acerca de los méritos revolucionarios de Borrero que sirvió a las órdenes de Pedro Celestino García fué Secretario Ayudante de Pedro Recio Agramonte, luchó a las órdenes de **Chicho** Valdés, y por último fué Ayudante del general Mateo Casanovas. Tomó parte en el combate de las Tunas y en otros muchos, siendo herido dos veces, y ya era Comandante cuando, al darle cuenta al general Casanovas de haber salvado una expedición, éste lo saludó, llamándole **Coronel.** Pero Borrero nunca se ocupó de grados, "ni tuve en realidad de verdad **vocación militar,** que era común entre los hombres de mi familia: fuí soldado por devoción patriótica, no por capacidad técnica ni moral", expresa él mismo.

La guerra del 68 en Camagüey resulta inigualable en proezas y sacrificios. Muchos jefes y soldados cayeron bajo el fuego; pero otros sucumbieron al rigor del hambre y la miseria o se enfermaron. Entre los últimos estuvo Borrero, cuya salud siempre precaria no pudo resistir: víctima de las fiebres, sin asistencia ni ropas ni alimentos, cayó prisionero del Comandante don Camilo Delgado quien lo llevó, con la madre —que daba clases en la manigua— hasta Camagüey, y le ofreció protección. Habíase hecho zapatero el hijo en los campamentos insurrectos y entonces tuvo que ganarse la vida co n dicho oficio, ayudado por la madre, aunque siempre en condición de **vigilado por peligroso**; al propio tiempo que trabajaba como repartidor de pan. Así, un día conoció a otro cubano ilustre: era Enrique José Varona, de quien sería amigo hasta la muerte...

Aquella situación duró muy poco. La Revolución cobró nuevos bríos y el Gobierno español, especialmente en el Camagüey, creía ver conspiradores en todas partes. Porque los que detentan la libertad de los pueblos no pueden vivir tranquilos. Es su primer castigo. Por ese temor vigilaban estrechamente a los cubanos y los detenían con frecuencia, por fútiles motivos. Borrero y otros patriotas fueron detenidos un día, y traídos a La Habana para ser enviados a Isla de Pinos, aunque al llegar a la Capital logró que se le permitiese estacionarse en ella, gracias a un amigo influyente.

Con su estancia en La Habana se reinicia la actividad educativa de Borrero. Carente de recursos, pues "desembarcó con treinta centavos", vigilado siempre, sin trabajo y sin relaciones "no puedo decir —son sus palabras— cuánta hambre pasé por espacio de quince o veinte días". En esta época volvió a ejercer la enseñanza primero en el colegio de Salazar y después en "El Pilar de Zaragoza", como director de "El Recreo Social" y más tarde en "El Pilar", que ganó por oposición, a la vez que comenzó los estudios de Medicina. En este tiempo —cuenta Borrero en su Autobiografía— tuve que trabajar de diez y seis a diez y ocho horas diarias, durante seis años. Fué entonces cuando se casó con la señora Consuelo Pierra y Agüero, de estirpe intelectual y pariente de la Avellaneda.

Después comenzó a ejercer su carrera de médico, al tiempo que fundó con el Dr. Gallardo la "Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana" y la "Sociedad Antroplógica" con el Dr. Delmás; colaboró en todas las revistas médicas de Cuba, en la **Revista de Medicina del Brasil** en la **Revista de Medicina y Farmacia de París,** sin abandonar por ello sus trabajos literarios, publicados en la **Revista Cubana** y en la **Revista de Cuba.** En Puentes Grandes, dedicando su tiempo a la educación de los hijos y a ejercer la medicina Borrero tuvo tiempo para sus lecturas y escritos. Rechazó una cátedra que le ofrecieron en la Universidad, declinó una invitación de los autonomista del Camagüey, para aspirar como Diputado a Cortes, y rechazó también una beca de $85 mensuales otorgada a su hija Juana, para perfeccionar sus estudios de pintura en España.

Al iniciarse la guerra del 95 se exiló con toda su familia "para correr la suerte de la Revolución". En Key West revalidó su título y comenzó a ejercer la medicina, pero allí sufrió un golpe que le tuvo "fluctuando en tierra extraña entre la razón y la locura"; fué la muerte de Juana, "el amor de mis amores", como escribió Borrero con el corazón destrozado... En el exilio hizo oposición a la dirección de la Escuela de San Carlos, que desempeñó por un año, hasta que Estrada Palma lo nombró Enviado Especial de la República en armas en Costa Rica y El Salvador. Al cese de la guerra volvió a Cuba como representante del 3er. Cuerpo de Ejército ante la Asamblea, cargo que renunció por las disensiones de los cubanos y por la honda tristeza que le produjo ver la patria en manos de un gobierno extranjero...

Como en toda su vida lo había hecho cada vez que la realidad hirió su espíritu selecto, Borrero buscó en la patria intervenida y doliente, un nuevo motivo para servirla. Nombrado catedrático de Anatomía Comparada en la Universidad, tomó posesión del cargo. Pero casi en seguida fué llamado por el Ministro Dr. Hernández Barreiro para ocupar la Subsecretaría de Instrucción Pública, desde la cual colaboró en la organización de las escuelas primarias con Alexis E. Frye, de tan grata memoria para Cuba. A Borrero se debió, en gran parte, la creación de las primeras Escuelas de Verano. El comprendió, como médico y maestro, que

los dos problemas urgentes de la República en cierne eran la educación y la salud y que era inaplazable la formación de un magisterio que formase los nuevos ciudadanos. "El pueblo —decía Borrero— quiere aprender: los niños y los adultos, aspiran a educarse en Cuba y concurren universalmente aquí con devoción casi candorosa a buscar en la escuela superiores enseñanzas: el párvulo y el hombre abren el libro, e interrogan a través de sus páginas, el porvenir". Fué ésta la época acerca de la cual escribió Aguayo: "No había maestros, pero se improvisaron y el entusiasmo de los primeros momentos suplió frecuentemente la falta de preparación". Fué entonces también cuando Mr. Frye, en acuerdo con Borrero, al invitar a los maestros cubanos para tomar aquel histórico curso en la Universidad de Harvard, escribió lo siguiente: "El entusiasmo que ha demostrado el pueblo cubano, organizando sobre tres mil escuelas con ciento treinta mil pupilos, en el corto espacio de sesenta días, ha llenado de respeto y admiración al mundo entero".

Borrero no vió con buenos ojos al principio y tomó a grande ofensa la Intervención. Pero su fe en la educación era tan profunda que se sintió conquistado por Mr. Frye. Y así, hablando de las Escuelas de Verano expresa estas palabras: "Ayer, hablando íntimamente conmigo Mr. Alexis E. Frye, ese individuo realmente singular a quien por razones morales muy obvias no acierto todavía a mirar como hermano nuestro, y a quien por tantos títulos he de mirar con respeto y amor, me decía, discurriendo sobre el viaje de las mujeres cubanas a Harvard: Han hecho conocer allí ventajosamente a Cuba y han hecho circular así por su tierra corrientes de generosa simpatía en el alma de cerca de siete millones de individuos americanos que se han puesto en contacto con la gente de mi expedición; y mientras ustedes los patriotas cubanos contemplan ansiosos desde aquí la estrella fulgurante en el triángulo rojo de su bandera, ellas, las maestras, bordaban en el triángulo de la que llevaron consigo, y ante un pueblo extraño que las contemplaba con amoroso interés, una estrella más, no menos resplandeciente en que brillaban la inteligencia, la laboriosidad y la virtud de la mujer cubana. . ."

La obra de Borrero en la Subsecretaría de Instrucción Pública y en la Superintendencia General de Escuelas —cargo éste que desempeñó en ausencia de Mr. Frye— y más tarde como Comisionado de Escuelas no ha sido destacada como ella merece. Pero algún día lo será y ese ha sido el propósito de la Universidad del Aire.

Al crearse la Escuela de Pedagogía de la Universidad, Borrero fué nombrado para la cátedra de Psicología Pedagógica, Historia de la Pedagogía e Higiene Escolar, en la que laboró hasta su muerte súbita. De él escribió aquel otro maestro inolvidable de Cuba que fué don Manuel Valdés Rodríguez, lo siguiente: "¡Pero Borrero! Conturba el ánimo de sus amigos y admira pensar en la última hora sombría de una existencia radiante de esplendor y de vida!"

"Porque fué nuestro llorado amigo una cultura vasta que honraba a su país, una inteligencia robusta y excepcional, una personalidad distinguida en el campo de la ciencia y del arte, capaz de manifestaciones antitéticas, y sobre todo, fué Borrero un carácter fraguado en el duro yunque de la necesidad y del trabajo y que en lucha desigual, cuya aspereza llegó hasta la crueldad en ocasiones, supo y logró formarse con elementos bastantes para ser útil a sus conciudadanos y a su patria".

Si todo lo dicho no es bastante para destacar la influencia de Borrero en la formación de un magisterio nacional, precisa recordar que siempre, en sus obras y trabajos tan diversos, estuvo presente el problema de la educación y de la patria. Nuestra sociedad, en general, adolece de ciertos males que tienen su origen en una ausencia de sensibilidad moral. ¡Y a Borrero! ¿Quién le iguala en tonalidad moral ni en exquisitez de espíritu? ¿Quién le aventaja en esa exaltación de la belleza humana y de las excelsitudes de las cosas de la naturaleza? ¿Quién, como él, señaló a la educación aquella misión salvadora que en ella vieron el admirable Goethe y el evangélico Luz y Caballero?

En un libro admirable —que nunca debiera faltar en las escuelas, "El Amigo del Niño"—, dice Borrero: "Importa saber, desde luego; pero importa más ser bueno. Todo el saber del mundo no vale lo que vale un sentimiento generoso: la virtud

es más sana y mejor que la ciencia; pero ambas cosas pueden andar juntas, y la una completa las más de las veces a la otra". Hay aquí, en nuestro concepto, todo un venero de filosofía educacional.

Borrero fué un hombre de cultura vastísima y siempre preocupado por todos los problemas del país. En un folleto sobre el café, publicado en 1900, contiene ideas y plantea problemas económicos y agrícolas que todavía están vigentes en Cuba, y cuando esto decimos resulta un singular contraste con ciertas ideas mantenidas con frecuencia por quienes, deslumbrados por épocas de prosperidad azucarera, se olvidan que el azúcar en Cuba se nos ha puesto a veces muy amargo. En estos tiempos conviene a veces volver la vista a hombres que, como Borrero, vivieron desvividos por los problemas fundamentales de la patria.

¡Qué ejemplo tan digno de imitarse el de aquel hombre! ¡Qué devoción por Cuba y qué integridad moral! En Costa Rica rechazó tres empleos excelentes porque venían de un gobierno hostil a la República en armas; al regreso a Cuba no acepta el sueldo de Comisionado de Escuelas y lo dedica para fundar una escuela nocturna en Puentes Grandes. Siempre, siempre la idea de la patria y el concepto de la dignidad en alto.

Si las apreciaciones de Borrero sobre la agricultura en Cuba son dignas de parangonarse con las de Arango, Pozos Dulces y Saco, las de carácter educativo y social que expone en su trabajo **Sobre la educación de la mujer,** publicado en la "Revista de Cuba" recuerda el que publicó Varela en la Revista Bimestre sobre el mismo asunto, por donde vemos cómo los próceres del siglo XIX vivieron preocupados siempre por idénticos problemas, pudiendo afirmarse que aquella tradición formativa de nuestra conciencia nacional tuvo en Varona, Borrero y otros, los continuadores más eficaces y constantes.

En ese trabajo sobre la educación de la mujer Borrero analiza la tendencia de quienes abogan por emancipar a la mujer, sacándola del hogar doméstico y hacerla compartir con el hombre los estudios y el ejercicio de las profesiones liberales. Es natural que Borrero, por su condición de médico, y por el culto idolatrado que siempre tuvo por la familia, defienda apasionadamente el

papel de la mujer como reina y señora del hogar, manteniendo que la diversidad de destinos del hombre y la fémina "antes que el capricho de los hombres, antes que las costumbres y las leyes la establecieran, habíala establecido sobre bases inquebrantables la naturaleza". Es lógico ese énfasis de Borrero en defensa de la maternidad cuando no existían las leyes sociales que hoy protegen la más alta de las funciones de la especie. Pero no se oponía a que, obedeciendo a las exigencias de la civilización, se diese a la mujer una cultura superior, de manera que pudiese derramar en el hogar "los tesoros de su inteligencia y de su corazón".

No obstante, Borrero elogió más tarde el ingreso de la mujer cubana en la educación. De este modo no sólo honraba la memoria de su santa madre, que fué maestra en la paz y en la **manigua**, sino que estimuló con ello a esa legión de mujeres consagradas a la noble misión educativa.

Si fuéramos a hacer un estudio completo de la obra científica y literaria de Borrero tendríamos que hacer una mención de sus poesías, delicadas y profundas casi siempre; de sus numerosos trabajos sobre medicina, historia natural, psicología, etc., o de sus méritos como orador, que al decir de Manuel Sanguily, "oyéndole cuando habla se nota en seguida que armoniza en su cerebro la fuerza y la finura del análisis y la propiedad artística de animar y dar forma a sus ideas"; y tendríamos que hacer un estudio de sus cuentos admirables, tan elogiados por la crítica, especialmente los contenidos en **Lectura de pascuas,** de los cuales precisa destacar **Machito, pichón,** en donde Borrero pone de relieve el respeto que debe merecer la candorosa inocencia del niño, o aquel otro cuento, **Cuestión de monedas,** que según Varona "no tiene realmente paralelo entre los que han producido nuestros autores". Mas, ¿qué diríamos entonces sobre el **Ciervo encantado,** en donde la fina ironía de Borrero destila el profundo dolor que embarga su alma ante las frustraciones y fracasos de la República, por cuya creación había ofrendado tantos sacrificios y lágrimas y hasta inmolado la vida de la hija inolvidable; ni de aquella otra producción intelectual en la cual Borrero "compendia en su cerebro, como en una paleta, todos los matices, todos los colores primarios que ha disuelto su mano de artista" en **Aventuras de**

las **hormigas**, obra que resulta, por su asunto, por su estilo y por la perspicacia de su ironía una anticipación a **La Isla de los Pingüinos** de Anatole France, publicada veinte años después.

Finalmente, para no desviarnos del espíritu de este trabajo conviene hacer constar que en ninguno de sus escritos abandona Borrero su constante preocupación educadora y nacionalista, que nunca faltó en sus obras. Porque Borrero fué, por encima de todo y sobre todo, un maestro forjador de conciencias con un tono moral siempre elevado y selecto, como lo prueban estas palabras que pone en boca del soñador Calófilo: "Yo amo al hombre, prorrumpía, yo no vivo en mí, soy solidario de todo lo humano: yo me siento noble y grande con la ajena grandeza, y pequeño, débil y pecador con el que peca. No hay un dolor que no me pertenezca, no han derramado los hombres una lágrima que no haya caldeado mis mejillas". Solamente en dos casos recordamos palabras tan llenas de ternura: en Cristo y Martí.

Borrero fué siempre, repetimos, un maestro en toda la extensión de la palabra. No profundizó mucho en lo específico de la pedagogía, pero sentía la enseñanza con plena vocación. "Para él la enseñanza —son palabras de Varona— era dar lo mejor de sí; y lo daba sin tasa. Enseñaba en los bancos de la escuela, enseñaba desde la cátedra y enseñaba constantemente, aun sin quererlo, de silla a silla; porque dondequiera que surgía un problema o un aspecto interesante de la Naturaleza o de la vida, parecía que su mirada profunda descubría nuevos filones, que sabía deliciosa y elocuentemente revelar".

"Jamás ha podido encontrarse hombre que en la simple conversación derramara mayor raudal de elocuencia y sabiduría. Y no conocerán la parte mejor de su excelsa inteligencia, los que sólo conozcan al Dr. Borrero por sus obras. Era necesario haber vivido en su trato —sigue diciendo Varona—, haber logrado oír aquella palabra caldeada por el más profundo sentimiento, para tener alguna idea de cómo puede bullir en la palabra y brillar en los ojos el alma humana".

No es de extrañar, pues, que un espíritu tan sensible acabara en el desequilibrio mental, pocos días después de la muerte de su

esposa, la noble compañera en una vida transida por tantas emociones.

El trágico suicidio, en un alma creyente como la de Borrero, sólo admite esa explicación. Fué mucha la tensión, y ante ella, el vaso de aquella noble alma, con todos sus dolores, unidos a los tenebrosos días que nublaban el cielo de la patria, se quebró para siempre. Era el 29 de marzo de 1906.

DISCUSION

DR. ICHASO: Como interrogadores en la tarde de hoy, hemos invitado a la Dra. Rosario Rexach y a los doctores Medardo Vitier y José Russinyol, pertenecientes los tres al cuadro de disertantes de la Universidad del Aire. Invito a la Dra. Rexach a que inicie el interrogatorio al Dr. González.

DRA. REXACH: En primer lugar, muchas felicitaciones al Dr. González por su trabajo sobre Borrero y nada más que esta pregunta: ¿no cree Ud. que aunque la concepción sobre la participación de la mujer en la vida social, en gran parte está determinada, como Ud. lo apuntó ya, por el momento en que él vivía, en el fondo alentaba otra concepción desde el momento en que sus hijas precisamente se dedicaban todas a labores intelectuales y es muy raro que hijas que querían tanto a su padre se hubieran dedicado a esas labores si él no las hubiera auspiciado de alguna manera?

DR. GONZALEZ: Decididamente sí. Borrero fué un intelectual en toda su entraña, fué un amante de las ciencias y de las artes y un humanista cuyo conocimiento debiera difundirse más entre nuestras actuales generaciones, porque cuando uno lee en la autobiografía de Borrero, por ejemplo, —él dice que mientras estudiaba el bachillerato se daba una orgía de lecturas de los clásicos franceses, ingleses, alemanes y hasta los de la antigua Grecia— uno llega a la conclusión de que Borrero Echeverría vivió para el estudio, para la investigación, para la formación cultural, y eso era lo que él pensaba en sí; pero al mismo tiempo, como estaba tan ansioso del progreso y del mejoramiento de su país vió con transigencia y hasta elogió el cambio de los nuevos tiempos. Tan es así, que elogia después de un modo muy entusiasta la labor de la mujer cubana, no solamente en la educación, sino en las demás actividades de nuestro campo nacional.

DR. ICHASO: ¿Ha quedado satisfecha, Dra. Rexach, o desea preguntar algo más? El Dr. Russinyol:

DR. RUSSINYOL: Dr. González, la parte de su trabajo en que hace énfasis sobre la preocupación ética de Borrero Echeverría, me hizo recordar una frase, no puedo precisar en este momento si del Dr. Vitier en su bella semblanza de Borrero o del Dr. Raymond, o acaso de Chacón y Calvo, es que dice que acaso lo central de Borrero Echeverría fué su preocupación por crear una ciudadanía responsable.

DR. GONZALEZ: A mi juicio, eso está fuera de toda duda. Yo todavía recuerdo como si fuera ahora, cuando leí la primera vez ese admirable libro "El amigo del niño", que me parece que es uno de los que más ha contribuído a mi formación ética, al desarrollo de mi sensibilidad humana, y creo que ese mismo efecto debe haber causado en cuantos han leído ese libro, que ha sido sustituído después por otros, quizás más modernos en el orden pedagógico, quizás más a tono con las normas corrientes de la pedagogía actual, pero que ninguno lo supera en este aspecto ético, al que tanto valor dió siempre Borrero Echeverría.

DR. RUISSINYOL: Ahora bien, y aquí viene una preocupación mía que deseo que Ud., con su extraordinaria experiencia en el campo docente, me aclare: vista esa preocupación de Borrero Echeverría a través de un cincuentenario, nosotros los profesores ¿podemos sentirnos plenamente satisfechos de que haya calado suficientemente en la escuela cubana esa preocupación ética, cuyos resultados han correspondido a los ideales del ilustre ex subsecretario de Educación?

DR. GONZALEZ: En primer lugar, Dr. Russinyol, yo pienso que en el momento en que el maestro se sienta satisfecho de su labor ya empieza a descender y va dejando de ser maestro. El maestro tiene que estar siempre anheloso de mejores resultados y en consecuencia, yo como maestro, pienso que no hemos obtenido, ni con mucho, esos resultados, sobre todo en el campo ético a que se refiere mi ilustre amigo el Dr. Russinyol. Pero cuando uno lee las obras de Borrero Echeverría, es cuando más se encuentra preocupado porque a los cincuenta años de República todavía la educación no ha dado los frutos que debiera dar, sobre todo en ese aspecto, y se puede estimar que cuando uno expresa estas cosas, es que está un poco "démodé", es que está viviendo quizás en el pasado, que ha empezado o ya ha avanzado mucho en la vejez cuando empieza a recordar los tiempos idos, pero a mí me parece que es preciso poner mucho énfasis en este aspecto del cultivo de la sensibilidad. En uno de mis modestos libros sobre educación, yo y me refiero a este aspecto repitiendo palabras del educador argentino Forgioni, donde dice que hasta los padres a veces, en estos tiempos, creen que el cultivo de la sensibilidad, la delicadeza de los sentimientos, la cortesía, la urbanidad, etc., son una cosa atrasada y no le dan valor y hasta piensan que eso es un obstáculo para triunfar en la vida. Efectivamente ¿cuántas veces nosotros no nos hemos encontrado con que, al tener una atención, una cortesía, al obedecer las leyes, al cumplir con ciertos preceptos de carácter cívico en nuestro país, se nos ha tenido por ilusos, por inocentes?

DR. ICHASO: Muchas gracias. El Dr. Vitier.

DR. VITIER: Yo iba a decir que, por desdicha, pero más bien debo decir por fortuna, el Dr. Diego González, en su excelente trabajo, ha respondido ya a la pregunta en que yo había pensado. Desde luego, la voy a formular, a pesar de que ya la ha respondido.

DR. GONZALEZ: Con mucho gusto.

DR VITIER: Ud. sabe que "El amigo del niño", queridísimo amigo al que Ud. se ha referido, es el libro escolar de prosa más fina que ha circulado en Cuba durante la República; un libro que resiste bien la comparación con las páginas de "La Edad de Oro" de Martí. Yo no he podido entender nunca por qué ese libro se excluyó, dejó de estar en la circulación; se dan razones pedagógicas; yo he oído, a veces, razonar en esta forma: bien, el libro responde a los puntos de vista exclusivos del autor, hay dos libros en que hay veinticinco o treinta autores representados y así es posible atender mejor a necesidades escolares, etc.; he oído razonar. Ud. sabe, doctor González, que a veces se tilda al pedagogo (yo lo soy), de persona de mal gusto en cosas de literatura y de arte: yo he defendido a veces a los pedagogos contra esa imputación; pero en este caso no puedo defenderlos, si es que ellos son responsables. ¿No cree Ud. que se ha hecho mal en dejar fuera de la circulación escolar el libro de Borrero: "El amigo del niño"? ¿No cree Ud. que debe alternar con los demás? ¿No cree Ud. que podía hacerse un esfuerzo para que ese texto volviera a circular entre nosotros? Hoy es difícil encontrar un ejemplar (yo tenía uno, lo perdí, no sé si lo presté, lo he buscado inútilmente en nuestras librerías).

DR. GONZALEZ: Voy a contestar con mucho gusto a mi querido amigo el Dr. Vitier. No sabe el Dr. Vitier cuánto yo he luchado porque ese libro no se apartase de las bibliotecas de nuestras escuelas y de los pupitres de las mismas. Hace aproximadamente un año, quizás más, cuando yo era Superintendente General de escuelas, defendí mucho en las juntas de Superintendentes ese libro, en contra de la opinión de casi la mayoría de los señores Superintendentes, porque estiman algunos que ya ese libro responde a otra época; y, sin embargo, me parece a mí que es imposible, por lo menos muy difícil, sustituir ese libro, tan así es que yo lo he recomendado siempre a mis alumnos en la Universidad, que son estudiantes de pedagogía, he recomendado dos libros de modo muy especial; "El amigo del niño" de Borrero Echeverría y "La Edad de Oro" de José Martí. En este libro "El amigo del niño" algunos piensan, y quizás ésta sea una de las causas, que el libro era muy difícil para los niños; pero yo creo que cuando un libro habla al corazón, a la sensibilidad moral de los niños, a la parte afectiva, no les cuesta mucho trabajo vencer las dificultades. Yo fuí alumno de una escuela rural y mi maestro era un gran educador, pero no creo que tuviese una gran

capacidad; sin embargo, lo mejor de mi vida y de mi corazón creo que se lo debo a ese libro, y todavía resulta que hay en mí una serie de vivencias que están en ese libro, en "El amigo del niño". Por ejemplo, la leyenda aquella "El cuento sobre la perra alegría", que se puede mostrar como uno de los ejemplos de evidencia mejores para la educación moral y afectiva de la niñez. De modo que, yo sí creo que ese libro debe estar en las escuelas y siempre lo he mantenido. No creo que se haya escrito en nuestro país otro libro para niños, como ese. Estimo como el Dr. Vitier que los libros escolares generalmente caen en cierta ramplonería, en la patriotería que no llega nunca al corazón ni a la conciencia, y en el orden artístico-literario generalmente son de mal gusto. Pero ¿quién puede decir, con las excelentes cualidades que tiene Borrero Echeverría, que en él haya mal gusto? Si hay una de las páginas más bellas que yo he leído, constituye además una lección de lectura explicada alrededor de un fragmento de la poesía "La zona tórrida" de Andrés Bello. Borrero Echevería era cn hcmanista, era un literato, era un artista de excelentes cualidades.

DR. ICHASO: El Dr. Russinyol parece que tiene alguna otra pregunta.

DR. RUSSINYOL: Ya que el Dr. Vitier entró en el aspecto literario, quisiera yo hacerle una pequeña pregunta al Dr. González, en parte literaria y en parte psicológica. A mí me parece que el fondo de toda la obra literaria de Borrero Echeverría es pesimista, "Machito y Pichón", "El ciervo encantado", "Cuestión de monedas", en el fondo me luce un libro de una amargura fina bien cubierta por el espíritu humanista, clásico y hasta poético, de Borrero; pero en el fondo su pensar me parece que derivaba hacia lo pesimista. Y aquí viene mi pregunta: ¿Cómo es que un hombre que medularmente era pesimista tenía esa fe tan profunda, esa encantadora fe en el poder de la escuela?

DR. GONZALEZ: En primer lugar, Dr. Russinyol, yo creo que Borrero era pesimista porque era un gran idealista. Tengo un amigo, maestro ilustre, que ha sido profesor mío y hoy es mi compañero en la Universidad, que se precia de haber sido pesimista siempre; y yo decía una vez, en una semblanza que tuve que hacer sobre el mismo, que nunca había creído en ese pesimismo. Era hijo de su gran idealismo. Se levantaba todos los días con tantas ilusiones, y la vida tiene ciertas crueldades y ciertas realidades, que en la noche ya se sentía optimista para levantarse al propio día tan idealista como el día anterior. Aunque parece que hay un tono pesimista porque Borrero se formó en el sufrimiento, en el trabajo, como dice Varona, y como dicen todos sus biógrafos, él termina su libro, "El amigo del niño", precisamente diciendo —"que hay que ser optimista". Y cuando dice que más vale ser bueno que ser sabio, que más vale una onza de bondad que una libra de ciencia y de conocimiento (no son éstas las palabras literalmente), termi-

na diciendo que hay que ser optimista, que la educación es la que hace bueno al hombre y que el maestro tiene que ser optimista. Luego, aunque su tonalidad general parezca pesimista, en definitiva yo tengo a Borrero Echeverría por un gran idealista con un optimismo muy grande, con una gran fe.

DR. RUSSINYOL: La tesis es muy interesante: era pesimista por ser idealista.

DR. GONZALEZ: Exacto.

DR. ICHASO: Dr. Russinyol y Dr. González, perdonen ustedes que los interrumpan, ¿no podía ser que el Dr. Borrero Echeverría fuese un pesimista literario y un optimista como educador? Porque muy a menudo ocurre que el poeta, el escritor, es pesimista; pero en cambio, en la acción es un optimista.

DR. GONZALEZ: Exacto, pudiera ocurrir eso. Eso es lo que sucede en Borrero Echeverría.

DR. ICHASO: Muchas veces ocurre que el escritor es escéptico y el hombre de acción es al contrario ¿verdad?, creyente, como ocurrió en Varona. Varona fué un escéptico creyente. Ahora, muchas gracias, Dr. González, muchas gracias, Dra. Rexach, Dr. Russinyol, Dr. Vitier y vamos en seguida a escuchar un momento nuestro locutor.

Félix Lizaso

JOSE MARTI

CREEMOS notar una diferencia esencial entre la prédica de José Martí como forjador de la conciencia nacional, y la de todos los otros fundadores que le anteceden, o aun de misma época. Mientras Varela, Luz, Saco, Mendive, actúan directamente sobre un medio en el que están inmersos, y tratan de lograr mejoras morales, culturales y económicas para la vida de los cubanos en la Isla, Martí es como una voz que viene de lejos, que no pide reformas transitorias, que no se dirige a los gobernantes para señalarles circunstanciales medidas en beneficio de sus compatriotas. Su voz se alza primero para denunciar la horrible servidumbre que la colonia nos impone, y los métodos de ignominia y vergüenza a que el cubano está sometido. Su primera experiencia, es la más triste y dolorosa que un joven de apenas 15 años pueda conocer; es la experiencia del presidio político. La denunciará en la propia España, en hojas y folletos que allí mismo hace imprimir y que pregonan ante el pueblo español capaz de horrorizarse, el grado de degradación de un régimen al que nada detiene, trátese de niños o de ancianos. Lanzó sobre los culpables el reto de comparecer ante la justicia del mundo y como desde el primer momento supo que nada podía Cuba recibir de la metrópolis que restañara sus heridas, que colmara su sed de justicia, nada pidió, como no fuera el arrepentimiento de los culpables. Y de todo el dolor de Cuba hizo ofrenda continua al dios inmortal invocado en su poema del Presidio Político, como la fuente de donde los cubanos sacarían los ímpetus necesarios para arrancarse las cadenas, y la fuerza de

corazón para perdonar sin odio a los culpables. "Los grandes crímenes son útiles, porque demuestran hasta dónde puede llegar la nobleza necesaria para perdonarlos". Con esa nobleza contó siempre. Por eso la guerra de Martí fué la guerra sin odios, la guerra justa y necesaria, única que podía predicar.

El luchador sin odios se levanta día a día sobre su propio pensamiento. Ve desde lejos, como envuelta en vapores de sangre, la isla azul donde sus primeros sueños se mecieron. Le acompañan sus visiones de pesadilla: aquel esclavo colgado del seibo que vió en su niñez, aquellas escenas del Teatro Villanueva, aquellos meses en que arrastró la cadena del presidiario, entre los golpes y las injurias de los guardas. Todo allá sin esperanza y sin remedio, vislumbrando apenas un débil rayo de luz, el de la justicia inmortal que sólo él era capaz de descubrir en aquel horizonte cerrado, porque veía en su corazón de predestinado.

Cuando sale deportado de Cuba, a los 18 años de edad, que cumplirá precisamente a bordo del barco en que hace la travesía, lleva en su mente no sólo un cuerpo de doctrinas liberales aprendidas de su maestro Mendive, sino muchas ideas propias y sobre todo, un aliento cósmico que le infunde su propio contacto con las realidades de Cuba y una fuerza de indignación que le mantendrá viva por siempre la llama del impulso. Joven como es, ha visto con claridad cómo los épicos esfuerzos de 1868, con toda su grandeza, y la de hombres como Céspedes y Agramonte, nombres que no podía escribir sin temblar, son insuficientes para vencer, minadas por males menores que le salieron al paso. Y aunque padeció intensamente de "la vergüenza de no estar donde se debía", aquella vergüenza se amortiguaba pensando que todos los heroísmos y el valor sublime de aquellos diez años de épicas jornadas, no bastaron porque les faltó una "política sincera y hábil, que le hubiera abierto el camino en vez de entorpecérselo, que le hubiera limpiado de las enfermedades que le salen con el uso, de donde sucedió aquel oprobio innecesario, en que por envidia de los unos y desmayo de los otros, se rindió la guerra floreciente a un sitiador sin esperanza; y los héroes clavaron sus espadas en el fango".

Los años del destierro los vive con la mirada vuelta a la Isla, padeciendo de sus reveses, gozando de sus proezas. En España y en México será el campeón más denodado de los esfuerzos de Cuba, aunque pensamos que vislumbró siempre que aquel magno empeño estaba llamado a languidecer, aquejado por males menores, que son los que a veces desangran y aniquilan a los colosos. Paladín de un empeño sobrehumano fué, por impulso propio, la voz que vibró con claridad mayor defendiendo los derechos y los ideales de los que luchaban por ser libres. Y si en España arrojaba la denuncia misma de los crímenes al rostro de los gobernantes que desangraban la isla para mantener sometido a un pueblo que luchaba por su libertad, y comparecía ante la misma República española para llamarla fratricida, porque no era capaz de conceder al pueblo cubano las libertades que demandaba para sí, allí pudo confirmar la primera lección de su separatismo: que España era incapaz de ofrecer a Cuba la libertad que estaba demostrando desear a costa de su propia vida, y que por tanto, nada debía esperarse por otra vía que no fuera la decisión viril de su conquista. La lección de entereza, la lección viril que ya había dado en Cuba al comparecer ante sus propios jueces, se confirma en España, al proclamar la verdad, toda la verdad de lo que era la dominación.

Y cuando, ya en México, siente los latidos de la tierra americana, y su espíritu se impregna de libertad, descubrirá los nuevos valores de la vida americana y se nutrirá de las lecciones de sus héroes y del contacto con una naturaleza en que el hombre nuevo, nacido de la libertad, pondrá su esfuerzo al servicio de las nuevas ideas, que son las que han de llevarlo a la conquista de su propio sitio en el universo. Actuó en la política, como comentarista apasionado de las glorias de los héroes y las acciones al servicio de la superación del pueblo, lo mismo que para condenar las actividades de los que querían retroceder en el orden de la dignidad humana. Y cuando, al cese de la guerra grande, volvió a Cuba por unos meses, bien sabemos que no fué porque creyera que en Cuba se implantaba una vida de paz y de consideraciones entre vencidos y vencedores, sino porque cedió a la voz que de Cuba lo reclamaba, la voz de sus padres y de sus hermanas, y a las súplicas

de su esposa, que ya consideraban sin objeto aquella resistencia al regreso. Cedió a vivir en una tierra que sabía que no podría brindarle la paz que su espíritu necesitaba. Y lo que hizo en Cuba, en los pocos meses de su estancia, fué tomar contacto con los cubanos que, inconformes con el Zanjón, no habían cesado de pensar en nuevas formas de volver a la contienda. Y si para algo pudo servirle esta estancia en su tierra, fué para lograr ese inmediato convencimiento de que en Cuba no se pondría jamás el anhelo de la libertad, por lo que era preciso dar nueva organización a los empeños en receso, pero no dormidos.

El movimiento que en Cuba tenía ambiente, porque no lo dejó de tener jamás, en Nueva York se forjaba a impulsos de un general que no había depuesto las armas en el Zanjón, porque salió de la guerra grande condecorado con la estrella en la frente, que él mismo se grabó con la bala con que quiso matarse antes de caer prisionero. Ese era Calixto García, el general que antes prefirió el suicidio al pacto o a ser prisionero, y al que la bala que le grabó la estrella, no le quitó la vida. Sin haber tenido participación en el Pacto del Zanjón, a causa de hallarse prisionero en España, de allá salió para preparar el regreso a los campos donde aún vibraban los ecos de las victorias y se sentía la ausencia del heroísmo. Martí estuvo pronto en contacto con los elementos que ya se movilizaban en Cuba, y descubiertos sus trabajos al lado del gran patriota Juan Gualberto Gómez, fué detenido y enviado a España, de donde regresó para reunirse con Calixto García y la junta revolucionaria en Nueva York, que actuaba bajo su inspiración. El propio Martí nos dice que aquel movimiento, que pudo haber evitado al país diez años de esperas inútiles, fué vencido por su infeliz organización. Pero no fué inútil para él esa nueva experiencia, porque pudo comprobar por sí mismo la disposición de los cubanos a volver a la lucha, demostrando claramente que no aceptarían nunca de buena gana vivir sin libertad. A esta nueva experiencia se uniría la otra que viene a complementar sus previsiones, indirectas o directas, sobre la necesidad de una organización. Y es a ese empeño organizador al que va a consagrar los quince años que le quedan de vida,

a partir de ese 1880 en que pisa por primera vez la tierra norteamericana.

Tal organización no ha de precipitarse ni puede ser creada a voluntad. Hay un caudal, del que habrá de partirse siempre, y es el que les han legado los hombres de la epopeya, a los que va a consagrar un culto perenne en los altares del 10 de octubre. Cada oportunidad será aprovechada con exquisito tacto para convocar a los cubanos de la emigración, para hablarles de sus héroes y de sus mártires, para enaltecer con verdadera unción los hechos gloriosos de la pasada guerra. Y también para sublimar los caracteres, poniéndolos de ejemplo en el altar de la patria, en que fué sacerdote en cada ocasión propicia. Martí previó los desastres de la guerra grande, palpó la insuficiencia de organización de la guerra chiquita, y sintió que era preciso templar los ánimos de los cubanos y crearles una mística de la guerra, en la que fueran artículos de fe la creencia en el deber de todos a contribuir a la libertad, honrando cada día los mártires y disponiendo los espíritus a estar preparados para la nueva empresa. El proceso es evidente: de España no podemos esperar la libertad. La libertad no puede recibirse como una dádiva; hay que comprarla y su precio es la guerra; para que la guerra sea lo que él concibe que debe ser, un ahorro de tiempo y de vidas, debe prepararse de modo que pueda vencer, en el más corto tiempo posible. Para eso precisa la unión de todos los cubanos, de la isla y de la emigración, unión presidida por la conjunción de los hombres de las pasadas guerras y de los "pinos nuevos". Realizar todo este programa es realizar su concepción en métodos capaces de hacer el milagro. Y como sintió en lo más profundo de su ser que él podía cumplirlo, si lograba que su compatriotas lo oyeran y lo creyeran, se hizo encarnación de la verdad y la sinceridad, armas con que combatirá. Y puso a contribución su voluntad y su inteligencia para ir creando en sí mismo esa condición de guiador que sentía en sí, y por caminos de disciplina, sometió todas sus fuerzas a un superior dominio de sus propios poderes espirituales. Como dijera más de una vez, para dirigir a los demás hombres precisaba ver más lejos que ellos, y para hacerse seguir, domar en sí las pasiones y aligerarse de todo

lastre material. El desprendimiento en que vivió, la pureza de espíritu en que se desenvolvió su vida, la generosidad que sin cesar le brotaba, la ternura que alimentó como nadie, todo fué haciéndose connatural, y se abrazó al deber como medio de mejor cumplir su misión. Como dijera a un amigo de su adolescencia, que estuvo más cerca de él que los demás, había que echar alma de médico, con lo que daba a entender que debía vivir de darse, de consolar y de purificar.

Tal vez lo más perdurable del mensaje martiano, y no hemos de olvidar la perennidad de todo él, porque en todo tiene vigencia, aun en lo que ya puede parecer superado, es su concepción optimista del hombre, y especialmente del hombre americano. Lo vió como en el umbral de un mundo nuevo, de fuerzas que requerían nuevos cauces, y le pareció que tenía en sus manos cierta responsabilidad de moldearlo. Su contacto con los países de nuestra América y con los hombres de la América del Norte, le llevó a precisar sus diferencias, y como vió de nuestro lado fuerzas ingenuas y creadoras, que necesitaban vencer con el trabajo y la gracia el trecho que aún les faltaba por andar, su prédica es constante para la superación de ese hombre americano, que ha de darse mañas para que nuestros países puedan adelantar en el camino del progreso. El ve como una competencia —noble emulación de grandes conquistas— entre el Norte y el Sur, y comprende que éste ha de estar al nivel para merecer el respeto de su rival. No hay acaso en toda nuestra literatura una lección tan alta y continua como la que mantuvo día a día para que el hombre llegase a alcanzar su propia medida, por caminos de virtud y de trabajo, por caminos de ternura y de comprensión. Y lo que Martí escribió del hombre americano, lo dijo en modo más llano y concreto, de nuestro hombre de Cuba. No se cansó de pintar los héroes de la guerra y los héroes del pensamiento y de las virtudes, y sus escritos son continuo desfile de grandezas. Aun los hombres humildes las tienen y Martí las sabrá encontrar para ponerlas a relucir, y brillará tanto o más aun que en los grandes caracteres, donde sin esfuerzo ha de ser norma la virtud. No podemos leer tantos trabajos suyos sin sentir ese sacudimiento de lo genial que corre por su lenguaje,

cuando a cada paso detiene el relato para intercalar la frase decisiva y lapidaria. A veces, un pensamiento abre el camino al héroe que va a presentarnos: "De luz se han de hacer los hombres, y deben dar luz. De la naturaleza se tiene el talento, vil o glorioso, según se use en el servicio frenético de sí o para el bien humano; y de sí elabora el hombre, aquilatándose y reduciéndose, el mérito supremo del carácter".

De sí elaboró Martí, antes de lanzarse en su misión, la más acabada tabla de valores. Y a su idea de que antes de intentar su obra de conductor de pueblo necesitaba haberse limpiado de todo pensamiento impuro y de toda deleznable ambición, se entregó con pleno sentido del sacrificio.

Lo humano en Martí es lo que tiene vigencia mayor en sus escritos. De ellos puede hacerse un camino de perfección, que aquí y allá serviría para hacer mejores a los hombres que meditaran y siguieran sus doctrinas. Como pensaba en un mundo mejor y en una América más grande y en una Cuba libre que fuera asiento de la dignidad del hombre, el hombre fué su obsesión mayor. Vió en él virtudes que apenas existían, y con su luz relampagueante, los iluminó, penetrándoles en lo más profundo y pregonando su nobleza. Su método era tan inusitado, que muchos lo consideraban excesos del elogio. Martí pudo decir una y otra vez, que no pintaba el hombre que era, sino el hombre que debía ser. Y con su gran sentido político, ese hombre que "debía ser", y que él daba por hecho, se sumaba a un nuevo paladín de la causa noble, porque el hombre le gusta que lo estimen por virtudes que no posee, y ya ese es un comienzo para que pueda llegar a poseerlas.

Ser hombre era la más difícil de las carreras, y a esa carrera se entregó desde sus años mozos. Cuando ya había terminado sus estudios de derecho y de filosofía y letras, dijo en una carta memorable que para él "no necesitaba más carrera que la de hombre". Y esa fué en verdad su verdadera vocación. Amó a los que creyeron en el hombre y lo ayudaron a buscar su camino. Si leemos con cuidado sus escritos, podemos destacar en ellos que elogió por sobre toda medida a aquellos escritores y filósofos que se preocupan por la felicidad y la grandeza del hombre.

Lo que de Luz y Caballero escribió fué breve, pero quedan frases como ésta: "nada quiso ser para serlo todo, pues fué maestro y convirtió en una sola generación, un pueblo educado para la esclavitud en un pueblo de héroes, trabajadores y hombres libres", lo que resumió en dos palabras: "Sembró hombres". Y al levantar así su concepción del hombre, está pensando en los pueblos, porque los hombres son tanto más grandes, cuanto más piensan en su pueblo, o para decirlo con sus palabras textuales "Son sumas los pueblos de las aptitudes de sus hijos", y el superior a todos será aquel que esté "vertido en todo un pueblo". De donde hay una correlación continua entre sus ideas de pueblo y de hombre: "Hombres haga quien quiera hacer pueblos".

Al contemplar la gran crisis que sufre la humanidad, en la que las grandes conquistas del liberalismo están en quiebra, Martí es uno de los pocos espíritus que pueden ayudarnos a comprender que tal crisis se origina de otra muy principal, que está en la misma raíz de nuestra época: la crisis de los valores humanos. Y cuando nos damos cuenta de que el hombre ha perdido el respeto a las normas a cuya conquista trabajosamente se encaminaba, de convivencia y de fraternidad, puede ser una gran esperanza saber que está a nuestro alcance el apoyo que necesitamos, en las doctrinas de maestros que como Martí tuvieron la visión de que sólo por vías morales hombres y pueblos llegarían a redimirse.

Por eso están y seguirán estando vigentes sus doctrinas. Y al pensar así, pensamos también que acaso los dos más grandes forjadores de nuestra conciencia nacional fueron Luz y Caballero y José Martí. Ambos creyeron en la redención del hombre con un sentido primordialmente ético, ambos iluminaron el futuro y quisieron forjar hombres que condicionaran ese futuro y superaran las realidades inmediatas. Por eso están tan próximos Luz y Caballero y José Martí, y son los más luminosos guías de nuestra nacionalidad.

DISCUSION

DR. GARCIA PONS: ¿Cree Lizaso que hay lo que pudiéramos llamar una conciencia americana de José Martí? Piensa que no la hay universal, pero ¿cabe afirmar que hay en América una conciencia de Martí, como la hay, por ejemplo, de Bolívar?

SR. LIZASO: Bueno, yo creo que se está haciendo esa conciencia y que en los últimos tiempos se va precisando más. Ahora mismo acaba de ser electo Presidente de la República de Méjico un candidato que llevó en su prédica las normas de Martí. Ese procedimiento podría llegar a crear una América a la altura de la concepción de Martí, poniendo por normas sus mismas doctrinas, porque Martí fué uno solo en la prédica sobre Cuba y sobre América y quizás también sobre la humanidad.

DR. GARCIA PONS: ¿Cree Ud. que el Continente cuente con una figura que pueda tener, para el Continente Hispanoamericano como tal, una principalidad siquiera pareja a la de José Martí?

SR. LIZASO: La pregunta es muy ambiciosa, pero tengo interés en satisfacer la curiosidad del Dr. García Pons. Francamente, no creo que exista otra personalidad, porque en Martí tenemos el caso de un escritor muy completo, de un político y de un hombre creador de conciencia, y yo creo que ese tipo de hombre con volumen parejo no ha existido en América.

DR. GARCIA PONS: Bien, con esto ya podemos disponernos a terminar nuestra audición. Muchas gracias, amigo Lizaso.

Y ahora, tengo el gusto de anunciarles a ustedes el tema del domingo que viene sobre "El pensamiento político en los guerreros del 95". Nos hablará el Dr. Fernando Portuondo, profesor e historiógrafo de valiosa ejecutoria. Y con las palabras rituales de nuestro locutor daremos por terminada esta audición.

Fernando Portuondo

El pensamiento político en los guerreros de 1895.

LA primera manifestación rotunda, inconfundible, del pensamiento político central de los libertadores en la guerra de 1895, se halla en el incidente de La Odiosa, campamento del mayor general Bartolomé Masó Márquez, el jefe más antiguo de su graduación alzado el 24 de febrero. Ocurrió diez días después del levantamiento y fueron protagonistas el viejo revolucionario, que podía enorgullecerse de haber acompañado a Céspedes en La Demajagua el 10 de octubre de 1868, y Herminio Leyva, miembro de la Junta Central del partido Autonomista.

Acompañado por varios hombres de representación de Manzanillo, a quienes Masó no quiso desairar cuando solicitaron verlo, Leyva visitó al jefe insurrecto para convencerlo de que la revolución había nacido muerta, que los promotores del exterior lo habían abandonado a su suerte y que el Capitán General Calleja ofrecía el establecimiento de un régimen autonómico si los separatistas deponían las armas. Masó pequeño de estatura, se irguió ante su interlocutor y respondió con firmeza: "Diga al general Calleja que estamos dispuestos a pactar la paz únicamente sobre la base de la independencia de Cuba".

Poco después ratificaba Masó su heroica línea de conducta a Juan Bautista Spotorno, su antiguo compañero de la Guerra del 68, quien por cierto, siendo presidente interino de la República había firmado en 1875 un decreto que ha pasado a la historia con su nombre, condenando a muerte al que entrase en campamento

mambí llevando proposiciones de paz que no estuvieran basadas en la independencia. Spotorno venía ahora a ejercer su autoridad de patriota probado sobre Masó, para disuadirlo de continuar en rebeldía. Y el desertor del ideal separatista no sólo halló la resuelta negativa de aquél a imitarlo, sino que tuvo que soportar la humillación de que uno de los hombres que rodeaban al líder manzanillero, el teniente coronel Dimas Zamora, propusiera a su presencia que se aplicara el Decreto Spotorno a su propio autor, como se había aplicado a Esteban de Varona y a José del Carmen Castellanos en las postrimerías de la Guerra de los Diez Años. A lo cual, todavía para mayor bochorno del neoautonomista, se opuso el coronel Celedonio Rodríguez fundándose en que Spotorno era un emisario del gobierno español y como a tal debía respetársele la vida.

En abril se despejó el horizonte revolucionario, al desembarcar en Cuba los tres grandes líderes del movimiento: Martí, Gómez y Maceo. Entonces un incidente registrado por Martí en su diario reveló el segundo gran pensamiento de los guerreros del 95: el culto a la dignidad plena del hombre, para decirlo con palabras del Apóstol; en otras palabras, que la guerra no se hacía para cambiar amos españoles por amos criollos, sino para crear una comunidad democrática. El 10 de mayo acampan Gómez y Martí en La Travesía, a orillas del Cauto. Allí, en reunión con hombres de la vecindad que se han incorporado a la contienda, Martí es llamado **Presidente,** y Máximo Gómez, que como Maceo ha entrado en esta guerra con el convencimiento de que la organización civil dada a la del 68 fué la causa esencial de su fracaso, muestra descontento de que llamen a Martí Presidente. Es en ese momento que Bellito, el coronel Bellito cuya memoria había de inmortalizar el Apóstol conservando sus palabras, cuando el general Gómez afirma con su habitual tono autoritario: "Martí no será Presidente mientras yo esté vivo, porque yo no sé qué les pasa a los Presidentes, que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco y Washington", replica con admirable altivez: "Eso será a la voluntad del pueblo" y murmura: "Porque nosotros hemos venido a la revolución para ser hombres..."

Incontable es el número de anécdotas de la Guerra del 95 que confirman la determinación popular de no cejar en la lucha hasta obtener la independencia total, así como la convicción de que se peleaba para crear una República democrática. Como el recuento sería fatigoso y no cabría en el marco de esta disertación, nos limitaremos a intentar un esquema del pensamiento político de los tres guerreros más notables del 95, la Magna Trilogía, como bien se les ha llamado: Máximo Gómez, Calixto García y Antonio Maceo. Ellos fueron a la vez espejo y suma del pueblo libertador; sus ideas y su conducta sirvieron de directriz a la mayoría de los mambises, y quedaron empozadas en el alma popular para transformarse insensiblemente en acción en épocas de crisis de la República que ellos fundaron con su esfuerzo.

Máximo Gómez supo siempre bien lo que buscaba al pelear por Cuba. Era hombre de pueblo y aspiraba a libertar a Cuba con amplios fines de justicia social. Por eso se identificó tan maravillosamente con Antonio Maceo y otros hombres de su clase desde el principio de la Guerra del 68; por eso, en cambio, no despertó simpatía en Céspedes y los hombres que lo rodeaban, de procedencia y hábitos patricios. Por eso Máximo Gómez respondió instantánea y resueltamente al llamamiento de Martí. En 1894 aseguraba que sus esperanzas de triunfo se fundaban "en el derecho y valor cubanos"; que no lo asustaba la falta de recursos, pues a su sagacidad no se ocultaba que los revolucionarios, desde Jesús, "todos por naturaleza somos optimistas; contamos con la varita mágica que hizo manar agua a la piedra en el desierto" y aunque preveía que España reservaría la autonomía como "arma de defensa en los supremos instantes de agonía de su poder en América", confiaba en que el pueblo cubano no se dejaría embaucar y recordaba, aludiendo a los autonomistas contrarrevolucionarios, que durante la Guerra de los Diez Años "nuestros soldados se sentían más indignados en presencia de criollos armados en contra nuestra, que en la de los mismos soldados españoles". Enemigo de toda discriminación racial, Gómez aupó a bravos jefes negros a mandos de gran responsabilidad y dedicó generosos artículos a exaltar el heroísmo de su asistente

El viejo Eduá y de los hombres de su escolta. Una anécdota contada por Orestes Ferrara revela mejor que cualquier exégesis el espíritu democrático del gran guerrero. Salía el entonces joven libertador del campamento del Generalísimo, para cumplir una comisión del mismo, cuando observó que los dos soldados que lo acompañaban y guiaban abandonaron el trillo que seguían para continuar a campo traviesa hacia la izquierda. Indagó el brusco cambio de dirección y sus acompañantes le señalaron a la derecha. Miró. "El General Máximo Gómez, relata Ferrara, el jefe del Ejército, adorado y temido por miles de hombres, estaba desnudo al lado del arroyo, lavándose una pieza de su pobre ropa interior". Aquel guerrero autoritario no consideraba justo rebajar a los humildes ciudadanos que se crecían sirviéndolo, imponiéndoles atenciones personales que él, ciudadano como otro cualquiera, podía realizar por sí mismo.

Apenas envainado el machete libertador, Gómez advirtió el deslumbramiento que las armas victoriosas causaban en el pueblo agradecido y dando a sus hombres ejemplo sin igual dijo públicamente: "Los pueblos para ser felices y dichosos, no deben tener el gobierno de la espada, sino el gobierno de la ley". Y cuando a la hora de elegir el primer Presidente se pensó en él, único sobreviviente de la Magna Trilogía, repitió que los hombres de armas no deben gobernar en períodos de paz y señaló a una de las grandes figuras civiles de la Revolución, a Tomás Estrada Palma, como el candidato ideal. Haciendo honor a la selección, dicho sea incidentalmente, Estrada Palma habría de realizar desde la Presidencia su lema de "más maestros que soldados".

Calixto García era, como Máximo Gómez, militar de cuerpo entero. Pero como estadista y como patriota poseía visión muy clara de los objetivos de la guerra. La independencia, ante todo, y luego una República democrática y culta, regida por hombres amantes de la ley y de Cuba. El no sería Presidente. "Mucho me ha hecho reír lo que dicen por ahí, de que trato de sustituir al Marqués... (el Marqués de Santa Lucía, Presidente de la República en Armas). ¡Yo Presidente!... Mientras dure la guerra sólo seré soldado y el día que ésta se acabe, quiera Dios que no me dé la chifladura por pretender Presidencias", escri-

bía a Estrada Palma en plena campaña, el 28 de julio de 1896. Y más adelante, el 28 de marzo de 1898, cuando ya se vislumbraba el final del conflicto, trasmitía al propio corresponsal sus preocupaciones sobre el futuro político de Cuba: "Mi deseo es que concluya esta guerra que no sólo arruina al país, sino que hace adquirir a sus habitantes hábitos de soldado, que no son los más propios para regenerar a un país que, como el nuestro, ha estado tantos años sometido a la dictadura militar, y créame que preferiría ver a mi patria hundirse en el golfo mexicano antes de verla gobernada por sátrapas, como pasa en la mayoría de las repúblicas sudamericanas". Poco después entran los Estados Unidos en la guerra, y la idea cardinal del general García es que se reúna "una amplia representación del pueblo cubano" que dé al gobierno norteamericano la clara noción de cuál es la voluntad mayoritaria del país, a fin de que la respete a la hora del triunfo. Así consta en carta al Dr. Domingo Méndez Capote.

Y Antonio Maceo, el héroe relampagueante, ídolo por excelencia de los mambises ¿difería en pensamiento político de sus dos grandes compañeros de liderazgo? En absoluto. Como ellos, repitió muchas veces que aspiraba a la independencia limpiamente ganada. Recuérdese su célebre frase en carta a Federico Pérez Carbó escrita durante su campaña de Pinar del Río: "De España jamás esperé nada; siempre nos ha despreciado, y sería indigno que se pensase otra cosa. La libertad se conquista con el filo del machete, no se pide: mendigar derechos es propio de cobardes incapaces de ejercitarlos. Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso".

Ciudadano ejemplar, recomienda y exige a su hermano José y a su viejo amigo el mayor general Mayía Rodríguez que acaten sin titubeos los acuerdos del Consejo de Gobierno, aun cuando le duela entrañablemente el que desplaza sin miramientos al primero; y aunque el que detiene a Mayía en el camino de Occidente, con refuerzos para el Titán, lo priva, a su juicio, de librar el Ayacucho cubano, la batalla final de la guerra de independencia.

Maceo no se deja seducir por los aduladores que quieren colocarlo en el puesto cimero de la revolución, como jefe civil y militar a la vez: ante el proceso de disolución de la autoridad civil, que se precipita, escribe a Manuel Sanguily, que está en los Estados Unidos, conminándolo a que venga a Cuba Libre. "Hace falta alguien, le dice, una personalidad saliente y prestigiosa, que, a la vez que imprima fuerte impulso a la Revolución la prepare y encamine a un futuro venturoso y tranquilo, despojando desde ahora a nuestro pueblo de todos los defectos políticos y sociales, pesado bagaje que le impuso el vicioso sistema de la dominación española". El no echará por la borda al gobierno impopular e inepto. "No está lejana la época de las elecciones, advierte a Sanguily, y para entonces hace falta usted entre los hombres que piensan seriamente en el porvenir de Cuba". El gran patriota, dos semanas antes de su caída en San Pedro, se adelantaba a orientar por el camino recto las cosas de su país, haciendo dejación de sí mismo para buscar un líder civil, valiente intelectual de impecable historial patriótico, para señalarlo a sus admiradores diciéndoles: Ese es el hombre.

Así, señores, pensaron los guerreros del 95. De arriba a abajo; de abajo a arriba, salvo desdeñables excepciones, todos coincidieron en esta breve suma de principios que, en el fondo, son los mismos predicados por Martí:

Independencia absoluta, por el esfuerzo propio.

Desdén por cualquier clase de transacciones que, a trueque de acortar el sacrificio, pudieran alejar o enturbiar la conquista de la independencia absoluta, lo mismo la mediación autonomista que la ingerencia norteamericana.

Creación de una República democrática, como culminación de la independencia, donde todos los hombres fueran iguales y en la cual el militarismo y el despotismo contra los que se alzó la revolución, no pudieran jamás volver a tener vigencia.

DISCUSION

DR. ICHASO: Primero quisiera felicitar al Dr. Portuondo por su transparente conferencia, que es casi un milagro de síntesis, porque resulta muy difícil, dentro del poco espacio de que disponemos, resumir algo tan serio, tan importante como "El pensamiento político en los guerreros del 95". Y ahora yo querría hacerle una pregunta al Dr. Portuondo, y es la siguiente: desde luego, en esas tres figuras máximas que él ha mencionado, no hay duda de que la ideología era profundamente civil y democrática, pero ¿no hubo ningún brote de cesarismo entre los guerreros del 95? ¿no hubo algún anticipo de lo que después ocurrió bajo la República; es decir la ideología antigua heredada de la Colonia, en términos generales, no obtuvo también de vez en cuando sus destellos entre el espíritu democrático de la guerra del 95?

DR. PORTUONDO: Bueno, el propio Máximo Gómez estuvo, sin duda alguna, en viva discrepancia con el Consejo de Gobierno, y posteriormente el General Calixto García, pero se trataba del Gobierno durante la guerra. Hombres de armas todos ellos tenían la convicción de que si en el 68 la Cámara de Representantes no hubiera interferido las operaciones militares, seguramente se hubiera llegado al Ayacucho, es decir, al triunfo final. En esta guerra tenían la preocupación de que no hubiera esa interferencia civilista, por más que todos, en el fondo, aspiraban a que la República que se constituyera tuviera un carácter eminentemente civil, y todos se sumaron a Martí y lo obedecieron como Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Es ahora, finalmente, que hay un detalle en esta oposición de estos dos grandes militares, aun en cierto sentido del propio Maceo, a la organización civil de la revolución, que revela la disciplina, el espíritu elevado de estos grandes guerreros. El Consejo de Gobierno actuó sin contar con el pensamiento de Maceo en más de una ocasión, incluso destituyó a su hermano José del mando de Oriente cuando Maceo era el héroe de la invasión. Máximo Gómez fué destituído por el Consejo de Gobierno, fué puesto en el trance de renunciar y aceptó abandonar el mando, y marchaba para entregarle a Maceo cuando, infortunadamente, recibió la noticia de que éste había muerto en San Pedro. Por último, Calixto García, después de ganar la batalla de Santiago de Cuba (porque fué el estratega que dirigió al ejército norteamericano en la toma de esa ciudad), se siente humillado porque el General Shafter no lo deja penetrar con las tropas cubanas en Santiago de Cuba, victoriosas también, y entonces abandona la ciudad de Santiago de Cuba y envía su renuncia al Generalísimo. El Consejo de Gobierno entiende que Calixto García acata la destitución y, como un soldado de fila, acaba la guerra. Esos eran los grandes guerreros del 95.

DR. ICHASO: Es decir, que si hubo algún brote cesáreo fué esporádico y en manera alguna empañó la ejecutoria democrática de aquellos guerreros.

DR. PORTUONDO: En absoluto, amigo Ichaso.

DR. ICHASO: Bueno, muchas gracias por este esclarecimiento, Dr. Portuondo.

Raúl Roa

MANUEL DE LA CRUZ

El espíritu separatista informa, configura y caracteriza la obra literaria de Manuel de la Cruz. La pasión por la independencia de Cuba es la nota dominante de su actividad intelectual y la brasa que alimenta su flamígero, plástico y sonoro estilo. Nada lo define mejor que estas palabras suyas: "Soy un sectario fanático del cubanismo".

Manuel de la Cruz nació en La Habana el 7 de septiembre de 1861. Expiró en New York el 19 de febrero de 1896. Su breve y fecundo tránsito por la tierra aconteció entre dos guerras "necesarias y justas" y una polémica vela de armas. Tocóle afrontar una típica coyuntura de "renquiciamiento y remolde". No le fué dable vivirla a caballo y el machete en fulgurante acometida; pero la vivió pluma en ristre como mambí de las letras.

De raíz le venía su ardoroso patriotismo. "Cuando estalló la revolución de Yara —escribió a Manuel Sanguily— yo tenía seis años. Recuerdo, en todos sus pormenores, los sucesos más famosos de que fué teatro la Habana en el período de tiempo transcurrido desde la toma de Bayamo por los soldados de Céspedes hasta la capitulación del Zanjón, y fueron tan hondas mis emociones que, a solicitud mía, la imagen se reproduce siempre fiel, intensa, avasalladora. Mi padre, hombre de gran templanza, resistió primero a los ruegos, después a las exigencias de los que pedían que vistiese el uniforme de voluntario. No quería ceñírselo para no dar a sus hijos un mal ejemplo. Mi madre, más fervorosa y resuelta, me infundió francamente el amor a los ideales de la revolución y la aversión al despotismo y a sus mantenedores". No es difícil explicarse, con tales antecedentes, que la exuberante ima-

ginación del escritor trocase en semidioses a los héroes de la manigua y en lumbrarada mítica el resplandor de sus hazañas.

La capitulación militar del Zanjón devolvería a sus hogares a los supervivientes de la épica contienda. De algunos de ellos, y particularmente de Francisco Lufriú, Manuel Sanguily y Ramón Roa, escucharía, arrebatado, el escalofriante relato de las proezas y, sobrecogido, el dramático recuento de las penalidades. Manuel de la Cruz **vió** y **vivió** la revolución sin haberla visto mi vivido. "Aquellas narraciones —confesaría más tarde— preparaban el narrador estupefacto y maravillado de los **Episodios de la revolución cubana**". No cabe duda de que poseyó el mágico don de revivir, como propias, las vivencias ajenas.

Data de entonces su férvido culto a Ignacio Agramonte. Su gran sueño fué escribir un libro que fuese digno de **El Mayor.** Acudió a sus compañeros de armas, interrogó a sus condiscípulos, recorrió el escenario de sus principales acciones y acopió datos, documentos y papeles privados. Gracias a estas pesquisas pudo reconstruir cabalmente la relampagueante vida del prócer camagüeyano.

Varios años invirtió en la elaboración del plan de ese libro. Trazó su severa y resplandeciente arquitectura en numerosos cuadernos; pero su redacción la comenzaría propiamente en 1895. No quiso aventurarse en la empresa hasta sentirse maduro para coronarla. La muerte le sorprendería en plena faena. Y no sólo quedó trunca la mimada biografía; también se perdieron los manuscritos, como aventadas fueron —misteriosa coincidencia— las cenizas de Agramonte.

Tempranamente se consagró Manuel de la Cruz al cultivo de la literatura. Vocación y entusiasmo le sobraban; y, asimismo, afán de saber, curiosidad infatigable y naturales aptitudes. Faltábanle, en cambio, la disciplina y la sedimentación propias de una auténtica formación cultural; pero su voluntad y su talento la suplirían al cabo con sistemáticas y escogidas lecturas. Caso, por demás, harto repetido en nuestra América, vivero por antonomasia de cultos autodidactos.

Fué la novela el género en que se inició Manuel de la Cruz en el campo de las letras. Era la hora áurea del naturalismo y

el minuto estelar de Emilio Zola. Manuel de la Cruz intentó seguirle los pasos en sus novelas cortas **La hija del guardiero** y **La hija del montero,** ambas publicadas con el pseudónimo de Emmanuel. Nada se salva en ellas excepto el prodigioso poder descriptivo y la insólita fluencia verbal del autor. Pero la lectura de su novela **Carmen Rivero,** en una de las veladas de la **Revista de Cuba,** cambiaría radicalmente su rumbo literario. Manuel Sanguily, al enjuiciarla, estuvo implacable. "Yo, siguiendo el resobado consejo del preceptista latino, —refiriría Manuel de la Cruz al propio Sanguily— guardé el manuscrito, lo leí pasado algún tiempo y hallé tan justas las razones de mis críticos que eché las cuartillas en el fuego de la cocina".

En ese período de su iniciación literaria se trasladó varios meses a España. Ya de regreso visitó París. Sus impresiones las recogió en una serie de coruscantes artículos que tituló irónicamente **En la madre patria,** en los cuales despunta impetuoso el separatista y el crítico. Este viaje —precisa José María Chacón y Calvo en su magnífico prólogo a las obras completas de Manuel de la Cruz— "acentuó su cubanismo y le dejó completamente convencido de la imposibilidad de una solución española al problema de Cuba".

Era todavía Manuel de la Cruz un mozalbete a su retorno de España. Las principales revistas y periódicos de la isla se disputarían muy pronto sus crónicas, artículos y ensayos. Fué colaborador asiduo de la **Revista Cubana, La Habana Elegante, El Fígaro y La Lucha,** popularizando los pseudónimos de Juan Sincero, Bonifacio Sancho y Juan de las Guásimas. Su orientación crítica y sus preferencias estéticas delataban el hechizo que ejerció Francia en su espíritu. Cuba era su numen. Su meridiano intelectual París. España apenas contó en su tabla de valores.

Era aquella una época al par crítica y afirmativa. No sólo se gestaba una fase de plenitud en el proceso de la cultura cubana; también iba entrando en cuajo definitivo la conciencia nacional. De un lado, la facultad creadora florecía espléndidamente en la filosofía, en la literatura y en la crítica. Del otro, se escudriñaban, esclarecían y revisaban con perspectiva teórica y militante patriotismo, los problemas planteados por el régimen colonial.

Pocas veces estructura social alguna se vió sometida a tan lúcido y severo examen de sus supuestos mismos de existencia. Separatistas y autonomistas contribuían, en pareja medida, a socavar el ya bamboleante armatoste de la dominación española. No tardaría José Martí en señalar la ruta y la meta.

Sobremanera valioso fué el aporte de Manuel de la Cruz a la formación de la conciencia revolucionaria. Sabía a donde iba y lo que quería. Era un escritor con una filiación y una fe. Su discrepancia con los integristas y los contemporizadores fué tajante. Sin desconocer la jerarquía intelectual de la mayoría de sus personeros —recuérdese su ditirámbico elogio de Rafael Montoro— denunció, procesó, enjuició y sancionó por falaz y anticubana, la solución autonomista. La razón pura y la práctica estaban de su lado. El espíritu separatista, expresión del querer ser de toda comunidad humana entraba en el libre desarrollo de su personalidad política y cultural, era ya una necesidad histórica, una tendencia inexorable, una ley natural, como la denominó Sanguily en lenguaje roussoniano. Los campos, los propósitos y los métodos estaban nítidamente deslindados. El único camino que conducía a la efectiva y total integración de la nacionalidad cubana era la sublevación del pueblo contra sus opresores.

El propagandista político absorbió deliberadamente al esteta. Exaltó y difundió, en barroca y refulgente prosa, las glorias de la guerra grande y los valores más representativos del pensamiento cubano. En su folleto Tres **caracteres** (Varona, Cortina, Sanguily) diseñó magistralmente toda una política de afirmación nacionalista y revolucionaria. Idéntico objetivo persiguió en su célebre **Carta abierta** a Vicente Barrantes. "Lea con cuidado y detención —decíale Cirilo Villaverde a un amigo— esa carta abierta del joven cubano Manuel de la Cruz y verá usted las pulgadas que calza su talento como crítico, como erudito, como estilista y como juez concienzudo en materias literarias e históricas de su patria". Su obsesivo afán de independizar el espíritu cubano de la tradición cultural española cobró bélico timbre en su prolija y penetrante **Reseña histórica del movimiento literario de Cuba desde 1790 hasta 1890**, publicada simultáneamente en la **Revista Cubana** y en la antología de Francisco Lagomaggiore,

La América Literaria. Y en sus colaboraciones en **La Nación,** de Buenos Aires alternó la crítica puramente literaria con la apología de los cubanos más descollantes por su ilustración y su conducta. Varela, Luz, Sanguily, Varona y Piñeiro desfilaron junto a Taine, Obligado, Bourget, Loti y la Pardo Bazán. Muchos de estos ensayos contrastan, por su enjundia, ponderación y rigor, con la imprecisión conceptual, la desbocada fantasía y la violencia cromática que menoscabaron, a veces, su buidez crítica y su calidad de escritor.

La obra literaria de Manuel de la Cruz culminaría en los **Cromitos cubanos** y en los **Episodios de la revolución cubana.** Son, como se ha dicho certeramente, dos libros paralelos: el primero es una rutilante galería de cubanos destacados en el ámbito de la cultura y de la política; el segundo es ''la apoteosis de los hombres de acción que pugnaron por la libertad de Cuba''. Ambos constituyen, sin duda, el más acabado muestrario de las excelencias y limitaciones de su estilo.

Clásico es ya el juicio de Manuel Sanguily sobre los **Cromitos cubanos.** No hay yerro, extravío o floripondio que deje de advertir y censurar en el exhaustivo estudio que le dedica en sus **Hojas literarias;** tampoco olvida encarecer los méritos del libro, ni la "admirable vocación a las letras" y el ''talento poco común" de su autor. Manuel de la Cruz no sería remiso en recoger y aceptar públicamente la incitación a la mesura de juicio y al buen gusto literario que le dictara, con afectuoso ademán y ríspida objetividad, el más puntilloso y generoso crítico cubano. Es ya indisputable que el valor político de los **Cromitos cubanos** sobrepasa largamente a su valor literario.

Los **Episodios de la revolución cubana** ejercieron en la juventud de la época la saludable función del revulsivo. Absolutamente histórico es cuanto refirió en ellos Manuel de la Cruz. Los datos que utilizó en ese fabuloso despliegue de proezas, sacrificios y abnegaciones le fueron suministrados por Enrique Collazo, Manuel Sanguily, Antonio Maceo, Félix Figueredo y Ramón Roa. Este libro es, a la vez, evocación y clarinada. Huelen a pólvora y a sangre y a coraje esas páginas encendidas y clamoreantes. ''Era —afirma Manuel Márquez Sterling— un libro de vulga-

rización, y a un tiempo el zarpazo más terrible sobre la piel ensangrentada de la colonia, un gran combate en plena paz".

Es ya también clásico el juicio de José Martí sobre los **Episodios de la revolución cubana.** "Para releer los **Episodios** —le escribió a Manuel de la Cruz— no me ha faltado tiempo, porque, sean cualesquiera mis quehaceres, no puedo tropezar con el libro sin tomarlo de la mesa con ternura, y leer de seguido páginas enteras. Es historia lo que usted ha escrito; y así, con pocos cortes, para que perdurase y valiese, para que inspirase y fortaleciese, se debía escribir la historia". Y agregaba: "En las notas que fuí poniendo al margen, como guías para las líneas que he de escribir, hallo que he puesto en tres ocasiones poco más o menos esta misma frase: Hay veces que se desea besar el libro". "Desde que leí un cuento de usted sobre cierto capitán de partido, —concluía—, vi que entendía el carácter y adoraba el calor. Otros le pelearán un adjetivo, o le disputarán un verbo; yo, que sé lo que se suda en el taller, saludo con un fuerte apretón de manos al gran trabajador".

En los albores del alzamiento de Baire José Martí anudó estrechas relaciones políticas con Manuel de la Cruz. En verdad tiempo hacía ya que éste conspiraba con los "pinos viejos" y los "pinos nuevos". Pero ahora se le confiaría la importante misión de unificar a los insurrectos de Oriente y de convencer y atraer al díscolo Guillermón Moncada. Su éxito fué completo.

En las postrimerías de 1894, Manuel de la Cruz se vió obligado a emigrar a Cayo Hueso. Allí publicó su sensacional folleto **La revolución cubana y la raza de color.** De Cayo Hueso, siguió a New York, donde se entrevistó con Martí y levantó su tienda con su esposa y sus pequeños hijos. Conoció en carne propia las nostalgias del destierro, las angustias de la miseria y los rigores del frío. Pero su voluntad revolucionaria se templó aún más en el infortunio y su pasión por Cuba alcanzó la tensión del arco en la forzada ausencia. Laboró sin tregua dentro y fuera del Partido Revolucionario Cubano. Fué secretario particular de Tomás Estrada Palma, colaborador de **Patria** y compañero inseparable de Enrique José Varona. No faltó a un mitin revolucionario, ni a una velada patriótica, ni a una colecta para la causa.

Y aun tuvo tiempo para adelantar, robándole horas al descanso, su biografía de Ignacio Agramonte.

Su ya precaria salud se quebrantó gravemente al comenzar el invierno; pero sus bríos y esperanzas se renovaron al estallar la revolución. De su pluma surgieron, como centelleantes saetas, proclamas, arengas y artículos. Hay un instante en que su corazón se paraliza y su mente se embruma: José Martí ha caído, de cara al sol y al enemigo, en Boca de Dos Ríos. Pero es sólo un instante. La lucha prosigue y la revolución avanza como arrolladora tromba de fuego. Máximo Gómez y Antonio Maceo fatigan sus laureles de geniales guerreros. La invasión parece acercarse al pórtico de la victoria. Manuel de la Cruz describiría la gesta, con plectro de Homero y paleta de Goya, en sus crónicas de **La Nación.** El fogoso y deslumbrante estilo de los Episodios retoñaba con primaveral desenfreno.

De súbito enmudeció. La muerte lo había fulminado. Pero no se le llora: se le honra de pie como al héroe civil de la revolución. Su ejemplo ilumina, galvaniza y guía. Manuel de la Cruz ha muerto por la libertad de su patria; y los que mueren por la libertad tienen siempre su sábado de gloria.

Hoy el escritor sobrevive en el patriota y el patriota en el escritor. Ambos se han fundido en la categoría intemporal del símbolo.

DISCUSION

DR. ICHASO: Felicito al Dr. Roa por esa admirable disertación que, en seis cuartillas, ha logrado condensar una visión muy concisa y muy exacta de aquella simpática figura que fué Manuel de la Cruz. Dr. Roa, es evidente que el caso, pudiéramos llamar, de Manuel de la Cruz plantea una vieja cuestión; la del nacionalismo literario. ¿Ud. cree que, lo que pudiéramos llamar el mambisismo o el nacionalismo literario de Manuel de la Cruz, fué en realidad un hecho estético, es decir, respondió a nuevas calidades lingüísticas, a una visión peculiar cubana, del medio cubano, o fué más bien un nacionalismo por la intención política que encerraba?

DR. ROA: Yo entiendo que el nacionalismo literario de Manuel de la Cruz fué fundamentalmente político. El objetivo que persiguió Manuel de la Cruz en su obra literaria fué, como ya yo he dicho a lo largo

de esta pequeña disertación, crear una conciencia y un espíritu de tipo separatista, en la población cubana de su tiempo.

DR. ICHASO: ...Entonces Ud. no encuentra en el estilo de él una calidad, que pudiéramos llamar, genuinamente cubana.

DR. ROA: Yo creo que su estilo está todo él influído por la cultura francesa, que fué su gran fuente nutricia.

DR. ICHASO: ¿Y Ud. atribuye esa inclinación hacia lo francés a que su temperamento era inclinado a esa cultura, o a que él en cierto modo quiso reaccionar contra la cultura española, precisamente por esa intención política a que Ud. se refería?

DR. ROA: Fué una simple reacción contra la cultura española. Llegó incluso, por todos los medios que tuvo a su alcance en el terreno de la literatura, a descuajar, pudiéramos decir, las raíces de los clásicos.

DR. ICHASO: Sin embargo, a propósito de su estilo se ha hablado de barroco. Ese barroco del estilo de Manuel de la Cruz, ¿es el barroco español o es del rococó francés?

DR. ROA: Yo creo que es más bien del rococó francés y que esto es lo que le da su luz exótica. Esto influye mucho también en todas las manifestaciones de su literatura.

DR. ICHASO: ¿Ud. cree que si fuéramos a desligar de su obra los valores políticos y, desde luego, lo que puede interesarnos desde el punto de vista de la forja de la conciencia nacional, del sentimiento patriótico, ésta se mantendría como una obra de calidad literaria desde el punto de vista crítico, o, en el caso de la novela, desde el punto de vista narrativo?

DR. ROA: Yo creo que en éste varía siempre el escritor en potencia que hubo en Manuel de la Cruz en todo instante, incluso en los momentos de mayor logro. Siempre fué escritor, pero casi siempre se quedó en potencia; es decir, que no llegó a realizarse plenamente, a lograrse como escritor, hasta el punto, por ejemplo, de que él fiaba su mayor esperanza de escritor en un libro que nunca publicó sobre Ignacio Agramonte.

DR. ICHASO: Pero, ¿Ud. cree que si él no hubiera muerto tan joven, tal vez hubiera podido madurar...

DR. ROA: Hay una rectificación formal en él en los últimos años de su vida. En algunos de los ensayos que publicó en "La Nación" de Buenos Aires, en los albores de la revolución del 95, inicia una mayor mesura de juicio, un mejor gusto literario y un más acertado enfoque crítico de la cuestión.

DR. ICHASO: Y enfocándolo ya como crítico, no como novelista, o narrador, ¿cree Ud. que estuvo influído por Taine, es decir por la tesis mesológica de Taine, o más bien por las tesis psicológicas posteriores de un Bourget, de quien él se decía discípulo?

DR. ROA: No cabe duda que él tuvo una admiración ferviente por Taine y que incluso el plan que elaboró para su libro sobre Agramonte era "tainudo", como él decía. Ahora bien, en los productos cubanos lo que aplicó fué el método psicológico de Bourget y sus discípulos.

DR. ICHASO: Aunque las comparaciones realmente no son siempre gratas, si fuéramos a comparar la figura de Manuel de la Cruz con uno de sus contemporáneos que también ejerció la crítica, que fué también un erudito, como José de Armas, "Justo de Lara", ¿qué paralelo establecería Ud. entre ambos?, ¿cree Ud., por ejemplo, que Justo de Lara es más universal?

DR. ROA: Los temas fundamentales que atrajeron la atención de Justo de Lara fueron temas de tipo universal; en tanto que Manuel de la Cruz tuvo una temática bastante limitada en cuestiones nuestras, y algunas veces en las hispanoamericanas.

DR. ICHASO: Y en cuanto a la influencia que él puede haber ejercido en Cuba, ¿Ud. cree que ha ejercido una gran influencia sobre los escritores posteriores a él? ¿Sobre los de principios de siglo, por ejemplo?

DR. ROA: Quizás habría alguno, que Ud. conoció a lo mejor personalmente, (yo no), Mario Muñoz Bustamante, que fué también un escritor de tipo impresionista.

DR. ICHASO: Y en el periodismo, ¿Ud. cree que él tuvo alguna influencia? ¿Le dió algún matiz nuevo al periodismo cubano?

DR. ROA: Hizo un periodismo de combate y de divulgación cultural, siempre entremezclado, y quizás al inicio de la república, cierto periodismo retorizante que había en nuestro país, se nutrió de aquella crítica fina.

INDICE



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana